

MEMORIAS DE HISTORIAS

que transforman

30 Años
Transformando Vidas



www.fundacionudea.com



Floreciendo hacia un mejor futuro



Transformando Vidas

PRESENTACIÓN

Celebrar 30 años de la **Fundación Universidad de Antioquia** es también celebrar las miles de historias que han dado sentido a nuestro camino. Son tres décadas llenas de encuentros, aprendizajes y transformaciones que hoy se entrelazan en un relato común, el de una comunidad que cree en el poder de la educación, la solidaridad y el compromiso para cambiar vidas.

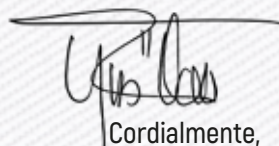
El concurso **"Historias que transforman"** nació con ese propósito: escuchar, sentir y contar esas voces que, desde diferentes lugares, han sido parte de esta gran historia. Cada testimonio recibido nos permitió mirar la huella que la Fundación ha dejado en el corazón de las personas y, sobre todo, reconocer cómo ellas también nos han transformado a nosotros.

Agradecemos con profunda gratitud a cada uno de los participantes que se animaron a compartir sus vivencias. Gracias por su tiempo, por su sensibilidad, por abrirnos las puertas de sus recuerdos y mostrarnos cómo, a través del trabajo conjunto, los sueños pueden convertirse en realidades.

Nuestro reconocimiento también a la Facultad de Comunicaciones y Filología de la Universidad de Antioquia, por acompañarnos en esta experiencia con generosidad y dedicación. A la decana **Olga Vallejo** y a los profesores **Carlos Arboleda** y **Luisa Santa**, gracias por aceptar el reto de ser jurados, por su mirada sensible y por ayudarnos a elegir las historias que hoy presentamos con orgullo.

Esta cartilla es un homenaje y una representación de quienes han hecho parte de este viaje. Cada palabra aquí escrita es una chispa de inspiración, un reflejo de lo que somos y de lo que juntos seguiremos construyendo. Nuestra razón de ser nace de las personas que transforman con su historia.

A todos ustedes, gracias y felicitaciones por ser protagonistas de estos 30 años de vida, crecimiento y transformación compartida.



Cordialmente,
Marcos Alberto Ossa Ramírez
Director Fundación Universidad de Antioquia

CONTENIDO

Categoría Narrativa Escrita

- 1. puesto (***El gusano de hojalata*** - Sofía Lastra)
- 2. puesto (***Desde mi ventana*** - Manuela Serna Restrepo)
- 3. puesto (***De botas pantaneras a rieles de ciudad*** - Juan David Atehortúa)
- Mención Especial (***Tráigame las cositas*** - Edison David Bolaño)
- **Memorias Escritas**

Categoría Narrativa Audiovisual

- 1. puesto (***Ojos de la Cucha*** - Cristian Andrey Vargas R.)
- 2. puesto (***Pasaporte de mis sueños*** - Katerine Marcela Caro L.)
- 3. puesto (***La esperanza de salir adelante*** - Angélica María Restrepo R.)
- Mención Especial (***Cuando los sueños encuentran su estación*** - Dalys Daisury Doria Manco)
- **Memorias Audiovisuales**

Categoría Narrativa Gráfica

- 1. puesto (***Cartas Coleccionables*** - Thomas Mejía López)
- 2. puesto (***Trazos de un viaje transformador*** - Linda María Cuartas Cadavid)
- 3. puesto (***Kilómetros de Amor*** - Iván Esteban Ossa Valderrama)
- **Memorias Gráficas**

Categoría
**Narrativa
Escrita**



1° Puesto

El gusano de hojalata

Una lata de atún, eso es lo que queda en la despensa. Fue el golpe de gracia de la agonía económica con la que llevo lidiando los últimos dos meses. Mi mamá me dejó hace dos años, y sus ahorros, que habrían de durarme toda la carrera en la universidad, tintinean entre mi bolsillo: son el pasaje de mañana.

Mi amiga Lorena me había hablado sobre el programa que ayuda a estudiantes como yo –pobres y esperanzados– a soportar los tiempos difíciles; era una idea muy loca. A mí, una flaca desamparada ¿dejarme a cargo el manejo de un gusano de hojalata de 120 toneladas? Yo, la cobarde y ansiosa Lina, ¿arrastrando por rieles la vida de 1.800 personas? ¿Cómo podría hacerlo? Pues tenía que hacerlo, porque mañana no habrá más atún, no podré pagar otro pasaje, no habrá más carrera...

Hoy hace un año que pertenezco a este lugar, que con valentía me alentó cada día a no moverme de mi puesto, y, sin embargo, mover a la ciudad. Hoy, hace un año que volví a la calma de tener atún en la despensa y tintineantes monedas en el bolsillo para ir a estudiar.

Hoy, hace un año, que agonía no hay.

Sofía Lastra

2° Puesto

Desde mi ventana

Es viernes por la mañana y apenas asoma el sol. La mañana es fría. Empaco las últimas cosas en mi morral. Todo está listo, incluida la lonchera con mis tres comidas. Camino unas cuadras hasta la parada del bus. El bolso parece grande, pero no pesa; quizá porque más que objetos, lleva sueños rumbo al hospital.

Llego al hospital. Me presento y escucho las indicaciones del doctor bajo el que estaré a cargo el resto del día. Guardo mis cosas en un casillero sin candado, sin temor a perder nada: lo más valioso, mi corazón, va conmigo.

Ya tengo en mi mano una lista con los números de las habitaciones 302, 307, 921, estetoscopio y libreta en mano, todo listo para saludarlos, para conocerlos, tomo aire desde la sala de espera antes de conocer a quien me espera detrás de la puerta, miro por la ventana y veo un tren pasar, a medida que pasa, el sonido de las ruedas sobre los rieles me recuerda la primer vez que pude conducir uno y pienso en lo afortunada que he sido de aún poderlo hacer, pienso también en cuántas de esas personas se bajarán en esta estación a visitar a familiares y amigos en este mismo hospital, siempre pensé que transportaba solo sueños, pero cuando empecé a ver pacientes, entendí que también transportaba miedos, incertidumbres y angustias, por eso nunca dudé en regalar sonrisas y responder saludos en las plataformas aunque no fueran para mí, entendí el valor de un gesto amable cuando supe que no solo acercaba a las personas a sus sueños, sino también a sus despedidas. Me atrevo a cruzar la primera puerta, saludo, veo el primer paciente "Don Rodrigo" lo encuentro solo, lo saludo, lo examino, converso un rato con él sobre su enfermedad y finalmente me dispongo a salir de la habitación, feliz de haberlo conocido y poder ponerle nombre, para mí ya no será más el paciente de la 302 sino "Don Rodrigo" y hoy para el seré su doctora, porque ese tren que conduje durante años también llevaba mi sueño: el de ser médica y hoy con orgullo puedo decir que lo logré.

Manuela Serna Restrepo

3° Puesto

De botas pantaneras a rieles de ciudad

6:00 a.m. El cirirí canta sobre el naranjo, rompiendo la neblina espesa que abraza el patio. Mi papá ensilla las bestias y mi mamá ordeña las vacas. Con las manos tibias sobre una taza de café, mi hermano y yo apuramos el desayuno pues el camino a la escuela es largo y empinado.

Avanzamos entre charcos y barro, que se aferra a mis botas pantaneras como si quisiera retenerme. Tras casi una hora de andar, llegamos, me cambio las botas por mis tenis gastados; un pequeño ritual que me aligera el alma. Ese día, el aire se sentía distinto... como si algo grande estuviera por suceder.

En medio de la clase, pasos y murmullos se acercan. Abren la puerta... y aparece un caballo: un muñeco grande y sonriente: Aurelio, del programa de educación ambiental PREDA.

—¡Hola, amiguitos! —saluda con voz alegre.

Nos habla de Medellín quien la describe como otro mundo: universidades, trenes, tranvías, edificios que rozan el cielo, libros que abren caminos...

Yo no conocía Medellín. En mi vereda no hay internet ni señal, ni una imagen que me mostrara sus calles. Sin embargo, mientras Aurelio hablaba, lo vi todo en mi mente... y vi también mis botas transformarse en zapatos para caminar la ciudad.

Parecía un sueño imposible. Pero esa semilla quedó sembrada.

Pasaron los años. Entre madrugadas, esfuerzos y dudas, el sueño creció.

Hoy, aquel niño de botas pantaneras conduce el tranvía. Estudia, trabaja y sigue aprendiendo, gracias a la Fundación UdeA, que no solo me dio un empleo, sino la vía para llegar a mis sueños.

A veces, mientras recorro los rieles, imagino a Aurelio subiendo, mirándome y diciendo: —Te lo dije... ¿ves hasta dónde pueden llegar tus pasos?

Y yo, con un nudo en la garganta, solo sonrío.

Juan David Atehortua Osorio

Mención Especial

Tráigame las cositas

Cuando Alba llegó, ya habían ingresado al niño. Había tenido un ataque de asma. No lo veía desde el domingo. Entre semana le tocaba al papá, que lo dejaba con la tía que ahora la esperaba afuera de Urgencias.

—Mija, ahí lo están estabilizando. Con EPS, eso es ahí mismo ¿Qué le dijeron? — le dice la tía mientras le ofrece de su tinto y le extiende papel higiénico que saca de una bolsa.

—Bendito sea Dios, siquiera— dice agitada santiguándose, tomando aire y secándose— Gracias por traérmelo. ¡Ah si le había dejado el carné!... Me dieron el mensaje y ya. Allá en la Fundación son unos amores. No como donde el Arquitecto ¿Se acuerda? Ni EPS tenía. Hasta me dejan llevar el niño el sábado que tengo que trabajar y todo.

—Tan de buenas. Valore ese puestico mami, lo difícil que es colocarse bien. Son cumplidos para pagarle, tiene salud, pensión, cesantías, prima... ¡Eh ave maría!

—¡Verdad! Si, si señora. Estoy tan agradecida. Y vea que, si estudio, me dicen que puedo crecer... no, y ese calor humano, si viera.

Las sirenas suenan. Se acerca la noche. Una mamá intenta calmar su bebe. Alba la observa. Le comparte uno de los dulces que trajo para su hijo. Una lágrima rueda de sus ojos grandes y negros. Hace cuentas con los mismos dedos que sostiene la bolsa con los abrigos y el inhalador. Mira al cielo. Se santigua.

—Ya vengo— le dice a la tía

Va hasta donde venden minutos a celular. Pide que le marquen un número. Saca monedas del bolsillo. Suspira. Tiembla. Contestan. Le pasan el equipo. Respira profundo.

—¿Aló? Hola. Aquí estamos esperando... Si. Era para decirle que me traiga las cositas del niño... No, todas... Ahora que estoy en la fundación puedo tenerlo.

Memorias

A mi querida Universidad de Antioquia

Medellín, 09 de julio de 2025

A mi querida Universidad de Antioquia:

Es la primera vez que te escribo, supongo que estaba muy ocupada viviéndote después de años de pasar cerca imaginándote, pensando cómo serías y si aquellas historias que había escuchado sobre ti eran ciertas. Debo confesarte que estoy algo nerviosa, pues ahora, tras casi dos años de caminar tu campus, sé que sigo siendo una estudiante más en medio de miles que alguna vez soñaron contigo.

Estudio periodismo, eso me ha hecho escuchar de más últimamente. En esa actividad, que a veces ha sido un poco entrometida, escuché a alguien decir que le habías salvado la vida. A mí me diste una familia y un lugar al que puedo llamar hogar; no sé si eso sea equivalente.

Te cuento que hace poco conocí Popayán al lado de personas maravillosas, con quienes gané una convocatoria de tu Fundación y que cada día me motivan a investigar y aprender. Nos ayudaste, estuviste ahí con los trámites, los temores y los sueños de unos estudiantes que solo estaban haciendo lo que les apasiona.

Estando lejos de casa, me di tiempo para escucharme a mí de más. Me di cuenta de que hay cientos de historias por ahí flotando, las mismas que hacen ir conociendo la propia inconscientemente. Me parecía increíble tener a mi alrededor y en mi presente, esas cosas que antes solo eran una imaginación y una historia a medias sobre lo que había tras esas rejas por las que pasaba cerca.

Hoy, desde el amor, la experiencia y el temor, te doy las gracias por lo que me has permitido vivir. Pero también te advierto que esta no será la última vez que sepas de mí, aún nos queda mucho tiempo para seguirnos conociendo.

Un abrazo,

Isabella Navarrete Barrero

Memorias

¡Mamá, me voy para Bogotá!

Desde pequeña, la música me ha acompañado. Cantaba en eventos en la escuela, festivales de la canción y reuniones familiares. Recuerdo con mucho cariño las noches en que, con mi abuela, un par de primos y mi mamá, nos reuníamos a ver programas de televisión de cantantes, donde a los ganadores les decían "¡te vas para Bogotá!". Nací en Dabeiba, un pueblo al occidente del departamento de Antioquia, así que Bogotá para nosotros era como ese lugar muy, muy lejano al que solo van esas personas que triunfan en la vida. Yo soñaba con que me pasara eso.

Años después, la vida me sonrió permitiéndome ser parte de la UdeA, un pequeño paso para mí pero un gran paso para mi familia, pues era la primera persona en estudiar una carrera profesional. Cuando me enteré de que en la universidad también hacían festivales de la canción, adivinen quien fue la primera en inscribirse. Fueron cuatro veces las que pude participar del festival, y en tres gané los primeros lugares; para mí era la felicidad absoluta, estaba estudiando, y mientras tanto podía hacer lo más me gusta, cantar. Conocí personas increíbles, hice amigos y aprendí muchísimo, todo esto gracias a la fundación universidad de Antioquia, pues este es uno de los muchos programas financiados por la fundación.

Un día me llegó la invitación para representar a la UdeA en un festival de la canción en Bogotá. Yo, la niña del pueblo que veía por televisión a otros cantantes viviría una de las experiencias más enriquecedoras de su vida gracias a la Fundación Universidad de Antioquia. ¡Llegó mi momento, mamá, me voy para Bogotá a cantar! Lo estoy logrando, y estoy siendo feliz en el proceso.

Posdata: ocupé el primer lugar interpretando una canción colombiana. Los sueños sí se hacen realidad.

Aldrialliny Santa Ramírez

Memorias

Destino: "La Esperanza"

Hay errores que vienen disfrazados en forma de regalo, eso lo entendió el negro desde aquel día.

Él era de un barrio donde los trenes no pasaban, donde lo normal era que el futuro no llegara. Recién graduado de bachiller con una media técnica, con la duda de lo que se avecina en medio de la violencia de época. Entonces, llega El Metro en busca de talento entre los jóvenes que se graduarían ese 1994, pero por error llamaron a los de 1993 y él fue uno de los elegidos.

En abril de 1995 comenzó la capacitación, no solo aprendió a operar el tren; aprendió a mirar la ciudad con otros ojos. El 30 de noviembre con el corazón latiendo fuerte, se puso por primera vez el uniforme, ese día comenzó el servicio al público del Metro de Medellín, afuera de las estaciones una ciudad herida hacia fila para subirse rumbo a la esperanza.

Manejó uno de los trenes que abrió el camino. Aquel día no solo movió máquinas, también movía el alma de Medellín.

Solo se quedó hasta 1999 y no por falta de cariño, más bien por exceso de amor, por razones que hoy comprende mejor... pero dejó huella. Los amigos que se quedaron, gracias a la Fundación Universidad de Antioquia, más que un trabajo: encontraron un rumbo, estudiaron. Se graduaron, vencieron sus miedos y construyeron vida con dignidad y el orgullo intacto.

La Fundación es ese puente silencioso entre el sueño y la oportunidad. Abraza a quienes no saben cómo entrar al mundo laboral y ayuda a transformar sus destinos.

Hoy, cada vez que ve pasar un tren, no solo recuerda el suyo. También recuerda los de ellos. Esos valientes que aprendieron a andar sobre rieles sin perderse en el camino.

John Fredy Medina Sánchez

Memorias

Los ecos del campus

Las paredes de la Ciudadela Universitaria del Alma Máter de la Universidad de Antioquia, murmuran entre sí, cada noche, miles de historias de jóvenes cuyas vidas han cambiado: el examen aprobado, el primer amor, o aquellas investigaciones que han obtenido patentes gestadas desde los pilares del conocimiento impartido en sus aulas.

Entre todos esos murmullos, hay uno distinto que ha captado la atención de las demás. Al mencionar a la Fundación Universidad de Antioquia, las otras paredes guardan silencio y, con respeto, centran su atención. Escuchan la historia de Juan, un joven del noroccidente de la ciudad, quien, a pesar de crecer en condiciones difíciles y tener todas las probabilidades en contra, no solo accedió a la educación superior, sino que también fue seleccionado para hacer parte del proyecto de conducción de vehículos de transporte masivo, uno de los tantos programas que administra la Fundación.

Juan, todos los días, saludaba desde la cabina del tren a jóvenes, adultos y niños que lo reconocían y le devolvían el saludo con orgullo. No solo mejoró su calidad de vida sino que también se convirtió en símbolo de transformación e inclusión, transportando sueños y sonrisas por toda la ciudad de Medellín.

Hoy, las paredes han sonreído. La huella de la Fundación es innegable, y una vez más, su lema se escucha entre los ecos del campus:

“Servicio que transforma vidas.”

Juan David García Arango

Memorias

PRIMER ESTACIÓN

Una señora deambulaba por la plataforma de la estación Tricentenario. Caminaba angustiada y nerviosa. Cada vez que un tren pasaba, lo observaba detenidamente, pero no abordaba.

Varios trenes después, la situación tomó tintes sospechosos. La policía del metro se alertó. Dos agentes se acercaron a la señora para intentar retirarla de la zona de abordaje. El tiempo de permanencia de la mujer podría traducirse en una conducta peligrosa y desencadenar una tragedia.

Al ver a los policías acercarse, a la señora se le escurrió una mueca de terror y, lentamente, comenzó a caminar hacia atrás, mientras, con la mano, hacía la señal universal de "deténganse". La estación se paralizó. Los pasajeros se contagiaron del nerviosismo y temieron lo peor.

Uno de los agentes se abalanzó sobre ella y logró agarrar su brazo, iniciando un forcejeo que requirió el apoyo de otro agente para contenerla. El tren con dirección a Niquía asomó, danzante sobre los rieles. La señora, con una fuerza que germinó desde su interior, lanzó a los agentes y se liberó del yugo que la contenía. Se levantó y se dirigió rápidamente hacia el tren.

Por la ventana de la cabina brotaba un rostro que dibujaba una sonrisa que iluminó la estación; el tiempo se detuvo para todos y el silencio preñó el lugar. Ahí estaba ella: Daniela, su hija, haciendo su primer viaje como operadora del metro. Claudia, una vendedora ambulante, había trabajado de sol a sol para que su pequeña estudiara psicología, y Daniela había cumplido su sueño de conducir el tren de los sueños, llevando a los pasajeros a sus diferentes destinos. Su madre, en primera fila, la miró orgullosa, rebotando amor respondió a esa sonrisa con un ademán de orgullo, que la hizo bailar con júbilo la danza de los sueños cumplidos.

Rodrigo Muñoz Ortega

Memorias

Una Fundación con sentido humano

¡Qué diferente sería el mundo si todas las empresas fueran como nuestra Fundación! Donde el empresario no se enriqueciera a costillas de sus empleados, vulnerando sus derechos y solo pensando en su propio bienestar.

Para mí es un honor pertenecer a esta empresa, no solo porque gracias a este empleo tengo el sustento para mi familia, sino porque me siento orgulloso de mi labor. Soy recolector de residuos sólidos y antes de la Fundación, trabajé con cooperativas en las cuales nos vulneraban nuestros derechos con pagos menores a los legales, contratos a dos meses y años sin vacaciones.

Pero, gracias a Dios, con la Fundación UdeA todo esto cambió. Ya tenemos todo lo legal y mucho más, porque el pago es antes de tiempo, nos incentivan a estudiar, en mi caso, ya soy tecnólogo y pronto comenzaré como conductor, gracias a la oportunidad que nos dieron con el semillero de conductores.

Esta empresa maneja algunos de los servicios más importantes y esenciales de Medellín, y de los que los paisas más orgullosos nos sentimos: nuestra "tacita de plata" con el programa de aseo (del cual soy parte) y nuestro transporte masivo, la cultura Metro, además de otros servicios.

Y algo que merece un reconocimiento especial es que las ganancias tienen un propósito social: ayudar a las personas de bajos recursos de la Universidad de Antioquia, convirtiéndose así en el mejor ejemplo de una empresa al valorar a sus empleados, proteger sus derechos e incentivarlos para que estudien.

¡Qué diferente sería el mundo con más empresas como la Fundación Universidad de Antioquia!

¡Felices 30 años de ayudar para que Medellín continúe siendo un ejemplo a seguir y aportando a una sociedad más humana!

Wilson Arboleda Quintero

Memorias

También, el doble

Lo vi por primera vez desde la plataforma.

Al principio pensé que era un reflejo: mismo rostro, mismo cuerpo un poco vencido por la espera, un poco pálido y ojeroso. Pero él no estaba quieto. Conducía.

Llevaba un uniforme como gris, como ceniza, como blanco y como... no sé, ¿distinto? Tenía la mirada fija, sin orgullo, sin miedo, firme. Como si cada movimiento que observé las primeras veces le fuera natural, o como si cada temporada sin verlo lo devolviera a un estado primitivo.

Una vez que me vio, no se sorprendió, no sonrió, tampoco me ignoró. Fue como si siempre hubiese estado allí. Como si supiera que yo aún no había llegado.

Lo volví a ver días después. Esta vez al fondo, cruzando el vagón con paso decidido. Yo seguía en la plataforma, inmóvil.

No sé cuánto tiempo pasó. De reojo leí la convocatoria: Fundación Universidad de Antioquia. Procesos de selección. Nada más.

Nunca supe si lo que hice después fue decisión o inercia, pero fui.

En algún punto —no recuerdo exactamente cuándo— las temporadas sin su presencia se hicieron más largas, más nostálgicas, más propias de lo que arde al fundirse.

¿Dónde estará hoy, bajo la lluvia? ¿Dónde?

Tal vez ya no me esperaba.

Tal vez, sin darme cuenta, tomé su lugar.

Sebastián Giraldo Otálvaro

Memorias

Cuando las vacaciones daban miedo

Recuerdo que en el 2014 cuando empezó el proyecto de Emvarias, Programa de Gestión del Aseo de la Ciudad, la mayoría de las personas venían de una Cooperativa que les había enseñado más sobre miedo que sobre trabajo digno.

Su pago no era oportuno, no conocían el descanso y mucho menos la estabilidad laboral y cuando se les ofrecieron vacaciones por primera vez en la Fundación Universidad de Antioquia que ya los había acogido con respeto y amor... Muchos pensaron que los iban a despedir.

"No, yo prefiero seguir trabajando", todos decían con una mezcla de angustia y desconfianza. Habían aprendido a sobrevivir, no a vivir tranquilos.

Pero poco a poco, los vimos florecer.

El primer salario a tiempo, el primer curso de formación, la primera salida a vacaciones sin miedo. Fue ver como una flor reseca por años de abandono, recibía por fin agua y sol. Hoy son personas que caminan distinto, que se perciben distintos, algunos terminaron el bachillerato, otros se lanzaron a estudiar más allá y seguir progresando.

Este programa es uno de los que más ha impactado vidas tanto de los colaboradores como la de sus familias, ofreciendo a todas estas personas grandes oportunidades y beneficios como educación, adquisición de vivienda propia, mejoramiento de su calidad de vida y contribución al crecimiento personal y profesional.

Han aprendido a confiar, a crecer, a soñar.

Y eso, para mí, vale más que cualquier logro técnico o administrativo que se pueda obtener. Porque transformar vidas no es solo dar empleo. Es dignificar, escuchar, acompañar, es ver cómo el miedo se convierte en gratitud, y la rutina en esperanza.

Emvarias no solo fue un proyecto, es un nuevo comienzo para ellos y también para mí que genera muchos sentimientos, admiración y satisfacción.

Durley Patricia Aguirre Jaramillo

Memorias

La niña que aprendió a conducir

Fui pasajera desde siempre.

Pasajera del silencio, de los días grises, de las decisiones que otros tomaban por mí. Crecí con la mirada fija en la ventana, viendo cómo la vida pasaba a toda velocidad, sin detenerse nunca por mí.

Había sueños, sí, pero doblados en el fondo del alma, como papeles viejos que ya nadie abre. Soñar era lejano. Querer, un lujo. Y yo, apenas un suspiro en medio del ruido de los demás.

Me sentaba al fondo, obediente, callada, esperando que alguien —cualquiera— me dijera a dónde ir.

Hasta que un día, sin aviso, sentí que algo dentro de mí se transformó. O tal vez se encendía. No lo sé.

Solo sé que me puse de pie. Temblando, sí. Con miedo, también. Pero decidida.

Salí del vagón de lo impuesto, dejé atrás los asientos del conformismo, y caminé hacia adelante, hasta encontrarme frente a mí misma.

Tomé el control. Sin mapas, sin permiso, sin garantías. Y en ese gesto, nació algo nuevo.

La niña que solo sabía mirar, empezó a trazar su propio paisaje. La que solo sabía seguir, aprendió a elegir. La que solo soñaba en secreto, comenzó a construir en voz alta.

Hoy no soy pasajera. No sigo rumbos ajenos. No espero ser elegida.

Conduzco. No solo un tren —la vida. La mía.

Cada estación que elijo, cada curva que enfrento, cada paso que doy, lleva mi nombre, mi pulso, mi voz.

Porque cuando una niña deja de esperar, y se atreve a tomar el mando, no hay destino que le quede grande.

Susana Velásquez Castrillón

Memorias

Hambre

Tiene 22 años. Pero su peso es tan bajo que la hace lucir más joven, como si todavía asistiera al colegio. Trata de restarle importancia al asunto. No es vanidosa y, de todas formas, no puede cambiarlo. Para los otros es una extraña estudiante de filosofía que va de botas grandes, habla sin parar y trepa diariamente a los árboles de la universidad buscando mangos. La verdad es que tiene hambre. Y si no fuera por esas frutas no sabría qué hacer durante el día. Muchas veces debe escoger entre comer o tomar el autobús para llegar a clase. La mayoría del tiempo la falta de dinero simplifica la decisión: debe caminar y pasar hambre. Lo malo del hambre es que cuesta reconocerla. Ninguno de sus compañeros lo sospecha. Ella trata de ocultarlo lo mejor que puede, incluso a sí misma evitando el espejo. Intenta de rendir lo mejor que puede. Pero es difícil concentrarse en los libros. Se ha acostumbrado a sus mareos, a caminar como si acabara de bajar de un barco. Siente un terrible deseo de amar y de ser amada, pero debe resolver el asunto del hambre. Sabe que hay un Programa de alimentación en la Universidad, pero no se atreve a ir. Lucha consigo misma durante meses, hasta que ve en la fila a alguien por quien ha empezado a sentir algo ambiguo y se llena de valor. Va a la oficina. El trámite es sencillo. Al otro día almuerza. No recuerda una plenitud tan sencilla e intensa. Cada bocado es una fiesta. Come con felicidad. Sonríe hacia dentro. Por primera vez camina sin tambalearse. No toma la decisión. Resulta natural: donde ve hambre, aconseja. Ella misma lleva a los estudiantes a la oficina del programa. No soporta que alguien pase hambre como ella.

Carlos Andrés Jaramillo Gómez

Memorias

Nos une algo mas que la sangre...

Hace poco más de 1 año, me senté a conversar con mi tío en la sala de su casa, como todo tío curioso me preguntó por mi trabajo, que hacía y con cual empresa trabajaba, - la familia siempre desea verte en una buena posición - le conté que trabajaba para una facultad de la Universidad de Antioquia, y se admiró, pero se admiró aún más cuando le dije que me contrataba la Fundación Universidad de Antioquia; él de inmediato abrió sus ojos y con orgullo dijo ¡A mí también, me contrató la FUA! y gracias a ella hoy tengo mi casita y mi pensión. Allí mi tío y yo nos dimos cuenta que había algo más que la sangre que nos unía, y era la entidad que nos había permitido cumplir nuestros sueños.

Mi tío se dedicó por muchos de sus años a trabajar como "escobita", él me contaba que en ocasiones veía un lado muy oscuro de la ciudad, pero que sus momentos favoritos eran cuando veía la ciudad florecer; yo desde otro rol, he visto un montón de sueños cumplidos y vidas transformadas. Mi tío logró construir su casita de 3 pisos a punta de barrer calles, yo estoy segura que lograré construir también mi casita de 3 pisos a punta de generar oportunidades de aprendizajes significativos. Son historias y recorridos diferentes, pero que sin duda, tienen en común una fundación que se ha convertido en cómplice de la ciudad, de miles de historias más, y de personas como él (mi tío) y yo.

******Historia basada en hechos reales.

Luz Adriana Hincapié Gómez

Memorias

Del barrio al volante de su destino

En el barrio El Picacho, donde los techos de zinc no resisten un aguacero y las oportunidades son como las calles, sin salida, vivía Miguel, un joven de 22 años que soñaba con ser ingeniero para cambiar su vida y construir un nuevo futuro para su familia, los diez exámenes fallidos para pasar a la Universidad no vencían su esperanza de ser profesional.

Llegó el día que logró ser admitido y su madre trabajaba en tres casas para pagarle la carrera de ingeniería industrial en la Universidad de Antioquia. Pero el dinero no alcanzaba, Miguel estuvo a punto de dejar la universidad y buscar otro rumbo. Fue entonces cuando vio la convocatoria "CONDUCTORES DE VEHÍCULOS DE PASAJEROS TIPO METRO", se inscribió en el programa y lo mejor paso.

Al principio, tuvo que sacrificar mucho, noches largas para estudiar, madrugadas para llegar al programa, aprendió de normas de tránsito, seguridad vial y atención al usuario. Cada esfuerzo fue una puerta abriéndose, hasta que finalmente se sentó en el vagón del Metro a conducir no sólo un vehículo sino también su nuevo destino.

Hoy, Miguel es quien abre puertas, no solo para los pasajeros del metro, sino como ejemplo para los jóvenes del barrio. Su historia se convirtió en un mensaje: de esfuerzo y dedicación, que pudo cumplir con el apoyo de instituciones como la Fundación Universidad de Antioquia, quienes pueden transformar vidas.

Miguel no solo cumplió un sueño. Construyó su destino.

Fainory Andrea Rodriguez Vargas

Memorias

Cambio de vía

Llegó a Medellín con una maleta pequeña y un sueño enorme. Venía de un pueblo donde estudiar era un lujo y trabajar, una obligación temprana. Creía que su destino estaba trazado... hasta que el Programa de Conducción de la Fundación Universidad de Antioquia le cambió el rumbo.

En la cabina de un tren descubrió un nuevo amor: no solo conducía un vehículo, llevaba la esperanza de sus padres, la confianza de quienes lo formaron y el orgullo de representar a quienes dejaron su tierra para buscar oportunidades.

No fue solo un empleo. Fue la posibilidad de estudiar sin renunciar al trabajo, de vivir con dignidad y de mirar el futuro sin miedo. Con lo que ganaba pagaba su arriendo, llenaba su nevera y, a veces, enviaba un sobre a casa. El día que recibió la noticia de su selección, su mamá lo contó a todo el pueblo: su hijo, el que partió un día cargando solo una ilusión, hoy conducía un tren.

Cada recorrido es una responsabilidad inmensa. No es solo mover un tren: es transportar historias y sueños, mover toda una ciudad de norte a sur, llevar la esperanza de su familia, la confianza de sus compañeros y el orgullo de quienes un día dejaron su hogar en busca de oportunidades.

Y detrás está la Fundación, que no solo ofrece un empleo: invierte en sueños, brinda estabilidad y abre caminos para formarse como profesional.

Sabe que, cuando llegue el momento de seguir otro rumbo, otro joven ocupará su lugar y sentirá lo mismo que él la primera vez que vio encenderse el tablero de mando.

Porque cada viaje no es solo el trayecto de un tren: es la ruta de una vida que avanza hacia lo que siempre soñó. Y ahí, entre rieles, la Fundación sigue transformando vidas.

Reiber David Lozano Romero

Memorias

El límite es el cielo

Aun recuerdo ese año, 2016 cuando llegue a una ciudad inmensa con mis cuatro hijos sin un empleo sin capacidad económica para sobrevivir en una ciudad tan grande a comparación de mi pueblo Lejanías Meta.

Recuerdo con nostalgia pero con admiración el camino recorrido hasta hoy, aquellas anécdotas que me va dejando cada recurso agotado para llevar el sustento a mis hijos, una de tantas fue un día que decidí hacer unas empanadas y salir a venderlas por los lados del centro, ofrecía, gritaba, me desesperaba y no lograba el objetivo, como si la vida misma estuviera en mi contra pase todo el día caminando, angustiada con las lágrimas a punto de brotar, me sentía incapaz de no llevar algo de sustento, no logre vender ni una.. era fin de semana alguien me habló que en la plaza mayorista regalaban mercado sin pensarlo dos veces recogí la fuerza y el amor por mis hijos y fui a pedir una papa, una cebolla o algo que echarle a la olla como se dice coloquialmente, de esa manera fui resolviendo un poco la alimentación de mis hijos.

Fue en ese mismo año que también alguien me habló que había convocatoria en la FUNDACIÓN UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA, como operaria de barrido recuerdo el miedo que sentí al llevar mi hoja de vida nunca había trabajado con una empresa, en mi pueblo suele no haber contratación legal casi nunca se paga la seguridad social todo ese tema era nuevo para mí, pase a la fundación al contrato de operaria de barrido, trabaje 6 meses de los cuales sostuve mi familia.



De ahí en adelante trabajé en muchas otras partes, siempre inquieta, resiliente, y con la fuerza de quien no se quiere ver caer, siempre inquieta porque me negaba que el hecho que fuera madre cabeza de familia de cuatro me sepultara a pensarme otra historia que fuera solo maternar, fue ahí donde escuché de sapiencia con toda la actitud me presente al colegio mayor y simultáneamente a sapiencia, pase al colegio mayor al pregrado de Planeación y desarrollo social y si tambien sali favorecida con PP, no lo podía creer siempre digo fue un pequeño baloto el que me dio la vida.

Han transcurrido muchos días grises otros un tanto coloridos, hace poco volví de nuevo a coincidir con la FUNDACIÓN UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA, se me hizo especial recordar aquella primera contratación como operaria de barrido, esta vez estoy en el proyecto de TACITA DE PLATA, como promotora ambiental educativa, sigo estudiando formándome aun me falta poco por terminar mi carrera, miro el camino recorrido y sonrió por cada paso dado con fuerza determinación y esas ganas infinitas de no rendirme jamás, porque a la palabra imposible le sobran las dos primeras letras.

Erika Nuriber Suarez Enciso

Memorias

Una carta para Luci

Hace rato no te contaba de mi vida, es más, creo que es la segunda vez a tus 84 años o tal vez 88, que te escribo una carta.

Quería contarte que ¡estoy super feliz!, estoy viviendo un sueño, ¡estoy trabando con la Fundación Universidad de Antioquia!, ¿te acuerdas cuando llegaba a tu casa a tomar aguapanela con esa torta de capio que hacías con la leche que se cortó? Y mientras tú y yo comíamos y conversábamos te decía, “vivo enamorada y agradecida con la UdeA, gracias a la U yo puedo estudiar”, entre carcajadas y cuentos, te decía, “Luci, algún día voy a trabajar para la U, y voy a tener una trabajito que me va hacer muy feliz y yo podre hacer muy feliz a otras personas”, hoy eso es una realidad, fue un camino largo, de muchos retos, lagrimas, varios años aprendiendo de muchas personas, de muchos que haceres, y hoy tengo la certeza que todo ese camino tenía un propósito, que es estar en la FUA, es una historia que tiene de todo, desde aprender a manejar moto, de esas grandes, que decías “hay tesoro, con mucho fundamento manejando, esas motos grandes son de cuidado”, como el descubrir mi pasión por el liderazgo y la innovación... Luci, todo ese camino hoy muestra sus frutos, mi mamá y mi papá están felices, hasta puedo decir que un poquito más feliz que yo, ¿lo puedes creer?, yo sé que sí, este alpargate, como me decías, ha sido afortunada con el amor de su familia. Mi Luci linda, hoy tu Fernanda se siente profundamente feliz.

Posdata: quería saludarte allá, bien lejos donde no llegan los aviones, tampoco los cohetes, pero si mis palabras y el corazón, te quiero profundamente, hasta el cielo.

Maria Fernanda Delgado Quintero

Memorias

30 años, mil vidas

Hay manos que construyen cosas, y manos que construyen oportunidades. La Fundación Universidad de Antioquia pertenece a la segunda clase.

Desde sus inicios ha recogido esperanzas como semillas, las ha sembrado en tierra fértil y así le ha dado la oportunidad a miles de personas de construir sus sueños. De esas siembras han brotado miles de historias, entre ellas vive la de Sandra, quien llegó a la ciudad con la maleta más ligera que había cargado en su vida: solo traía dos mudas de ropa y a su pequeño niño Manuel, eso sí su determinación pesaba toneladas. Desplazada por la violencia, trabajó donde pudo hasta que conoció la Fundación Universidad de Antioquia. Allí mientras barría las huellas ajenas para poder trazar las propias pudo terminar su bachillerato y sacar adelante a su hijo.

Pronto, sus pasos -tan distintos y a la vez tan semejantes-, se cruzaron con los de Tatiana, una joven campesina que ahora conduce trenes, llevando los sueños de miles de personas, día a día, a diferentes destinos mientras ella misma avanza hacia el suyo: terminar su carrera universitaria y ayudar económicamente a sus padres, quienes permanecen en el campo.

También con los de Juan, un muchacho que en otros tiempos, se saltaba el almuerzo para ahorrar el pasaje de regreso a casa tras largas jornadas en la universidad. Hoy, gracias al apoyo recibido, ya no tiene que elegir entre comer y volver; estudia con tranquilidad y se prepara para graduarse.

Además de ellos está Claudia que investiga enfermedades neurodegenerativas; Juan Pablo combate males tropicales; Mariana frena el dengue liberando esperanza alada; todos ellos son apenas un destello de muchas historias distintas, pero unidas por un mismo latido: la Fundación Universidad de Antioquia, clave para abrir caminos, sembrar esperanza y transformar vidas para siempre.

Yulieth Tatiana Sánchez Sánchez

Memorias

Miradas que transforman

Una mirada puede transformar tu vida, o por lo menos eso me pasó a mí, durante mi etapa como conductor del metro siempre me sorprende por la cantidad de miradas que puedes tener hacia ti, pero en muchas ocasiones algunas pasan sin trascendencia, otras te pueden molestar un poco y otras pueden hacerte sentir emocionado, pero en pocas ocasiones esa mirada te puede cambiar la vida; un día mientras conducía tranvía sentí una mirada que me hacía sentir inquieto, después de observar atentamente puede apreciar el rostro de una mujer, tenía el cabello largo color azabache, delgada y una mirada profunda que te podía intimidar fácilmente, nuestras miradas se cruzaron por unos segundos, no necesitamos mucho tiempo para sentir la conexión inmediatamente.

Ella bajó del tranvía no la volví a ver por un tiempo, pero yo no la podía sacar de mi cabeza, sus ojos eran lo más bello que había visto hasta ese momento, me tenían completamente cautivado, cada día esperaba el momento de volverlos a ver, pero lo complejo de mi labor es que son muchas las personas que pasan por estos pasillos, por los trenes y tranvías, era muy difícil saber si volveríamos a coincidir.

El tiempo hizo lo suyo y con buena fortuna, me encontró, gracias a esa gran iniciativa que siempre tiene de hacer las cosas, escudriñando en las redes sociales, pudo dar conmigo y a su vez yo pude dar con ella, sin pensarlo dos veces, con mucha determinación ella se arriesgó a enviar un "hola", desde ahí comenzó a marchar una historia que lleva tres años, que cada mañana me acompaña con su mirada, la cual me cautivo desde el principio y también con la mirada del fruto nuestro amor, un bebé que alegra nuestros días y transforma nuestras vidas con solo mirarnos.

Andrés Felipe Ramírez Espinosa

Memorias

Alas en movimiento

Viajando nos podemos encontrar con aquello que desconocemos de nosotros mismos. El viaje nos permite algo más que reconocer paisajes físicos; nos posibilita mirar, sentir y vivir a través de nuevas incógnitas que atraviesan nuestro propio cuerpo. En el viaje, inevitablemente, nos acercamos al otro/lo otro, en el viaje hallamos la alteridad, y con la alteridad construimos y elaboramos nuestro propio devenir humano.

Quizás por lo que se encuentra en el viaje Fundación Universidad de Antioquia convoca y apoya a quienes deciden hacerlo hacia otros países con fines académicos, investigativos o divulgativos, todos ellos resumidos en fines formativos. Entonces, lo que se apoya no es simplemente el desplazamiento de un país a otro, sino la posibilidad de que en el transitar aquel sujeto se interroga, se encuentre, se relacione con y desde el otro para construir un nosotros.

Así, el destino de llegada no será el fin, sino que se convertirá en el medio para conversar, escuchar y atender. Es esto lo que permite la Fundación UdeA. Construye puentes y apertura posibilidades para que aquel viajero, al momento de retornar, se reconozca como un sujeto transformado y comparta su experiencia a través de su palabra, que concentrará y llevará impregnada las voces de aquellos a quienes escuchó en el camino.

Viajar es un movimiento hacia afuera y hacia adentro, un ir y regresar distinto, y para ello son necesarias unas alas en constante movimiento.

María Isabel Velásquez Cardona

Memorias

Cuando los sueños insisten

Soy Darsy y esta es mi historia:

Actualmente tengo 24 años, pero un día tuve 5 y fui esa niña que, entre risas y juegos, no comprendía por qué su padre estaba en una caja de madera. Más tarde esta imagen tomaría sentido con la explicación de mamá y, más aún, con el pasar de los años: mi padre murió de dengue en menos de tres días, dejando atrás una viuda con tres hijos de 10, 8 y 5 años.

Mi madre, con su máquina de coser y un corazón incansable, decidió migrar a Córdoba persiguiendo nuevos horizontes para sostenernos. Sin embargo, la cruda realidad sería peor. En Urabá, en el peor de los casos, se comía banano todos los días; allí, en cambio, solo existían noches en las que el estómago vacío pesaba más que el cansancio.

Tras años de migrar de un lugar a otro, de vivir en diferentes hogares y de sacrificios, logré la ilusión de un futuro mejor para mí y mi familia: pasé a la Universidad de Antioquia en Medellín. Lo que no sabía era que el hambre y la necesidad acecharían nuevamente, esta vez al punto de desmayarme.

Fue allí donde conocí el programa de conducción metro y desde entonces se convirtió en mi sueño. Me presenté tres veces: las dos primeras quedé a la espera de la lista de elegibles y sentí tristeza de ver como se me escapaba lo que anhelaba. Pero nunca perdí la esperanza.

Hoy, gracias a la Fundación Universidad de Antioquia, ese sueño es una realidad: hago parte del grupo de aprendices de conducción metro. Esta oportunidad le dio a mi vida un rumbo, una motivación distinta y sobre todo me enseñó que la perseverancia siempre tiene recompensa.

¡Gracias, Fundación, por hacer un sueño realidad y cambiar vidas!

Darsy Daniela Doria Manco

Memorias

Mi otra madre y mi segunda casa

Mis pies pudieron ser levantados al aire, casi rozar los cielos, estar sobre las nubes y observar el mundo desde lo alto, ese mundo con muchos monstruos allá afuera. Yo, en cambio, veía a las bestias convertidas en diminutos puntos, rodeadas de verdes prados. Rumbo a México: mi primer vuelo, mi primer viaje internacional, mi primera ponencia internacional.

Esa sensación de confort iba creciendo en mí gracias a la maternidad de la FUA, que siempre me alimentó. Durante cuatro semestres fui beneficiaria del servicio de alimentación, lo que me hizo sentir en casa, comiendo rodeada de amigos a quienes ahora llamo hermanas, pero que mañana llamaré colegas. Yo, una intrusa en tierras antioqueñas con mi acento marcado cordobés, fui acogida como hija propia. La FUA me alimentó con la misma generosidad con la que una madre amamanta a su criatura; me salvó de la anemia, y no hablo únicamente de la del cuerpo, sino también de la del alma, con cada uno de sus apoyos cuando así los necesité: en mi camino al ESII, al EDSI y ahora al ENSI. Ojalá me vea llegar con un premio a casa, aunque sé que, como una madre, me recibirá aun si regreso solo con mis anécdotas.

La tranquilidad de esta acogida brindada por la FUA no solo la he sentido yo: también la reconozco en los rostros de mis amigas, la mayoría foráneas, unidas bajo el mismo refugio que nos ofrece la UdeA. Con los sacrificios que implica dejar el nido, la beca Líderes de Oro apoya a sus hijos antioqueños. La FUA nos fecunda nuevamente y nos permite renacer con otra madre y otro hogar. Es esa segunda casa la que nos impulsa a salir al mundo erguidos y confiados, listos para enfrentar la batalla llamada campo laboral.

Juranys Galvan Higuita

Memorias

Mamá, hoy conoceré el mar.

Eso grité antes de cerrar la puerta, como si la emoción pudiera colarse por el pasillo hasta sus oídos. Ella, que siempre me despidió con el clásico sello colombiano: "usted se despide más que novia fea", ya estaba contando las horas para que yo volviera con mis "cuentos" de esta nueva aventura.

El bus al aeropuerto iba lleno de pasajeros con cara de lunes. A mi lado se sentó don Wilson, que parecía leer mi ansiedad como quien hojea un periódico viejo. "¿Primera vez?", me preguntó con una sonrisa cómplice. Y sí, primera vez en el aire, primera vez en el mar.

Mientras veía las casas encogerse por la ventana, pensaba en las veces que la Fundación UdeA había hecho lo mismo por otros: encoger la distancia entre el hambre y un plato de comida, entre el sueño y la posibilidad de alcanzarlo. Yo había visto compañeros con los ojos brillantes de agradecimiento por esa ardua labor que les brinda el respaldo que siempre llega a tiempo.

Esta vez me tocó a mí. Gracias a ellos estaba rumbo a la más reciente edición del FICCI, un festival que hasta entonces solo habitaba en mis imaginarios de estudiante: salas oscuras, pantallas inmensas, voces que construyen realidades. Entrar allí fue como colarme en el futuro que sueño, ese en el que mis historias también se proyecten.

Cuando el avión despegó sentí que todo lo que pesaba se quedó en tierra. Lo mismo pasa con la esperanza, alguien tiene que sostenerla para que uno pueda volar. La Fundación lleva 30 años haciéndolo.

Volví con arena en los zapatos, películas en la cabeza y una certeza en el pecho: algún día volveré al mar y al aire, pero esta vez llevando mis propias historias.

Carlos Andrés Suarez Manco

Memorias

Milena

¡Hoy no está cantando! Me dije al asomarme por la ventana y ver sólo el rastro de las hojas secas, que bailaban en la acera con el poquisimo viento de la mañana.

Yo sabía que ella llegaba porque su canto la anunciaba. Alrededor de las 6.30 de la mañana, empezaba a dar serenata con los pajaritos. Su voz no chillaba. Por el contrario, iba al ritmo natural de los sonidos que se escuchan en *La Palma a esa hora. Era como si su voz ya hiciera parte del paisaje.

Milena era una de las tantas llamadas: "escobitas", (personas que hacen parte del Programa de Gestión de Aseo de la Ciudad administrado por Fundación Universidad de Antioquia) entre quienes se encuentran, seres humanos como ella encargados del barrido y limpieza de vías y áreas públicas.

Milena llegaba martes y jueves muy temprano, se ponía los audífonos, y empezaba a cantar mientras se entregaba a su oficio -que parecía realizar como una meditación, con calma, cuidado y presencia- barria las hojas secas, basuritas varias y las guayabitas maduras que rodaban calle abajo por la vereda.

¡"Por acá es suave el camello!" me dijo un día cuando le pregunte cómo estaba... "Entonces tengo más tiempo para cantar". Yo respondí con una sonrisa y seguí caminando. Aunque ella no lo sabe, escuchar eso mejoró mi día.

Hace muchos días Milena no canta ni barre por acá. Lo sé porque ya no hace sinfonías con los pájaros, ni las ramas de los árboles...

A veces en la mañana cierro los ojos y me parece escuchar su voz encapsulada en el tiempo, como un eco que viaja en la neblina de la mañana.

*La Palma. Es una de las 17 veredas del Corregimiento de San Cristóbal.

Lina María García Mazorra

Memorias

Tren de los sueños

En una ciudad donde las estrellas se disfrazan de luces amarillas, con calles recónditas e intransitables, nace entre las ruinas lo que no se creía posible: un lugar donde se transportan los sueños de una ciudad afligida y obligada a renacer entre las tinieblas. Allí, entre esas calles, nació el cambio definitivo hacia el futuro de cada ser de una ciudad sin luz. Nace un tren que fue capaz de encontrar paz y llevar millones de sueños, dando luz a una realidad oscura donde ni la luna se atrevía a salir, un tren soñador que transforma, conecta y convierte una ciudad en tinieblas a una ciudad impulsora de sueños. Pero no solo de sus ocupantes, también de los sueños de todos los conductores de este tren, que junto con su nacimiento como tren de los sueños, también nace un proyecto para almas jóvenes soñadoras de todos los barrios de Medellín: el futuro de la ciudad y los ciudadanos que transformaran la sociedad. Así, la Fundación Universidad de Antioquia apostó por las personas soñadoras que también se encontraban segadas por esta oscuridad de una ciudad intransitable y fue capaz de convertirla en una ciudad llamada cuna de movilidad e impulsora de talentos, teniendo como pilar a unos jóvenes soñadores que comandarían el propósito de una ciudad entera. Así, el tren de los sueños nació y, junto con sus conductores, logró que una ciudad renaciente se impulsara del talento de la juventud, creyera en la proyección y en la educación superior. Treinta años después, la Fundación Universidad de Antioquia sigue transformando vidas y comandando el tren de los sueños, que con sus conductores moviliza los sueños de toda una ciudad.

Juan Sebastian Pineda Agudelo

Memorias

La luz verde de nuestros sueños

Desde pequeña siempre tuve el sueño de viajar y conocer la vida en otras culturas, porque papá me contaba sobre sus viajes por el mundo y aunque en aquellos lugares muchas veces no hablaban su mismo idioma, siempre encontraba la forma de comunicarse; ahí entendí que el relacionarnos entre nosotros va más allá de un lenguaje. Por esto, me interesé en estudiar comunicaciones, para comprender la complejidad de relacionarme con los demás. Logré entrar a la Universidad de Antioquia, el sueño de todo niño, sin embargo, el deseo de viajar se fue apagando, ya que papá se fue al cielo y nadie comprendía mi deseo de hacer volar mis sueños.

En medio de la resignación conocí a dos grandes amigas, de esas que te inspiran y te apoyan. Entre charla y charla descubrimos que teníamos el mismo sueño y "problema", nadie nos entendía, ni nos apoyaba. Sin embargo, eso no nos detuvo, unimos fuerzas y buscamos oportunidades. En medio de la búsqueda, encontramos la Fundación Universidad de Antioquia, esa que con su característico color verde nos dio una luz de esperanza en el camino y volvió a encender ese sueño que parecía imposible. La Fundación nos recibió con sus brazos abiertos, otorgándonos su apoyo y comprensión. Con ella me sentí como en casa, en esa en la que papá me enseñó a soñar y me decía que nada era imposible.

Hoy en día sigo viajando, sin olvidar a la FUA, quien me sostuvo cuando todo parecía caerse y donde trabajo actualmente. En cada ciudad que visito pongo en prácticas mis habilidades y conocimientos como comunicadora y aprendo de los saberes que me brinda cada una, llevando conmigo la huella de la fundación que transformó mi vida y además me inspira a motivar a los demás a soñar.

María Lucero Sánchez Londoño

Memorias

Enigmático Conductor

Crecí con la sinfonía del tren, en una casa con un marco perfecto de la ciudad. Al escandaloso colegio y los viernes de algarabía, se sumaba el traqueteo de los vagones. Recuerdo con mis amigos correr, agitando las manos, a saludar al misterioso conductor del Metro, quien escondido tras la sombra de aquel oscuro panorámico, nunca logramos ver. Imaginábamos historias sobre él: ¿Era un viajero solitario, un héroe sin rostro? ¿Sería una mujer? Aquellos enigmas alimentaban nuestras tardes.

Mientras otros veían con naturalidad al gusano mecánico, yo me preguntaba: ¿Quién lo conduce? ¿Cómo funciona todo? Cuando viajaba en el sistema, hacía mi labor de detective, fue así como encontré pistas. Había un lugar donde ocurría la magia; la Fundación Universidad de Antioquia convocaba a los conductores, y potenciaba sus vidas. No lo entendí del todo, era un "sardino", pero algo en mí despertó.

Los años pasaron, y las vías se convirtieron en mi destino. Desde la cabina, veo el barrio donde crecí, ya no como un espectador, sino como protagonista. Cada pitido del tren es un eco de aquellos días saludando a su paso. Ahora, al pasar, veo niños agitando las manos alegremente; imagino que se hacen las mismas preguntas que yo a su edad, y entonces, por un momento sonrío, aunque no puedan verme por mucho tiempo.

El tren no solo lleva pasajeros; lleva sueños, historias, es testigo de cada amanecer; de la lluvia y la puesta del sol. Y mientras conduzco, pienso que las cosas importantes no siempre se ven de inmediato. A veces, toman años en brillar.

Hoy entre estudios, metas y rieles, cuando tengo un momento de calma, veo aquel espejo rojo, y mientras los más pequeños me saludan con ilusión, me he dado cuenta de que aquel enigmático conductor de mi infancia, ahora soy yo.

Sebastián Arredondo Posada

Memorias

Un nuevo comienzo

En diciembre de 2008 mi vida cambió por completo. Venía de Cisneros con mi hijo de dos años, con un corazón dividido entre el miedo y la esperanza de encontrar una vida mejor. Llegué a Medellín para sobrevivir, sin imaginar que el camino que me esperaba transformaría mi historia.

Al inicio me defendí con trabajos varios: como cajera, mensajera y secretaria. También viví la ingenuidad de quien llega del pueblo sin malicia: víctima de varios robos que me enseñaron a estar alerta. Así, la ciudad con su ruido y su velocidad me fue enseñando, mientras el amor por mi hijo me mantenía firme, añorando la tranquilidad de mi pueblo.

Uno de los hitos más importantes de mi vida fue precisamente poder estar con él, ofrecerle una mamá presente. En medio de las dificultades, llegar a la Fundación Universidad de Antioquia marcó un giro decisivo. Ese papel que decía "esta es la persona que considero será una buena recepcionista" fue la puerta que me abrió la posibilidad de crecer.

En la Fundación encontré calor humano, estabilidad laboral y un espacio para construir mi proyecto de vida. Allí logré formarme académicamente: primero como técnica en Recursos Humanos, luego en mi profesionalización en Administración Humana, más tarde en la especialización en Gerencia de Proyectos.

Cada paso en la Fundación representó más que un logro académico: fue la oportunidad de transformar mis miedos en confianza, mis tropiezos en aprendizajes y mi historia en un camino de crecimiento integral. Ese diciembre de 2008 fue el inicio de la vida que soñaba construir junto a mi hijo y que Dios me regaló, permitiéndome conocer una organización que transformó mi vida y en la cual con mi trabajo como Directora de Recursos Humanos, puedo ayudar a transformar la vida de los demás.

Yomara Andrea Gutiérrez Muriel

Memorias

Enigmático Conductor

¡La tercera es la vencida! Fue lo que me dije a mi mismo antes de dirigirme al bloque nueve a enfrentarme a dos horas de puro análisis y razonamiento lógico. Minutos antes había decidido hacer un breve recorrido por la universidad y mientras lo hacía, me imaginaba caminando por esos mismos corredores ya como estudiante. Luego me había recostado sobre una de las palmeras que habitan en el Alma y con todo el fervor de mi corazón le pedí que me permitiera entrar en su hogar. Meses después llegaría por correo la primera de muchas felicidades generadas por la universidad de Antioquia: ADMITIDO al programa de antropología. Mis dos primeros semestres fueron en pandemia, por tanto, virtuales. Para el tercer semestre ya estaba recorriendo el campus universitario como lo había imaginado. Fue complejo al principio volver a cogerle el ritmo a estudiar, sin embargo, la dicha de pertenecer a la U era más grande que cualquier contratiempo.

Ese mismo semestre empecé a bailar en el semillero de danza de la universidad con el ánimo de aprender a bailar otros ritmos distintos al **“es merengue no es merengue”** que uno normalmente baila con primas y tías. Con el tiempo y sin darme cuenta la danza se convirtió en una disciplina. Me obligó a concentrarme, a ser más consciente de vivir en el presente, a confiar en las habilidades de mi propio cuerpo. Me dediqué constantemente a practicar en cada ensayo hasta que un día fui invitado a ser parte del **grupo experimental de danzas de la universidad*** y desde entonces he tenido la gran fortuna de recorrer Antioquia y parte de Colombia bailando. Ahora, que me restan dos semestres para obtener el título, con satisfacción puedo decir que “la de Antioquia” me ha cambiado la vida, y espero la siga cambiando.

***El grupo experimental de danzas, adscrito a Fomento Artístico y Cultural de la Dirección de Bienestar Universitario de la UdeA, es apoyado por la Fundación Universidad de Antioquia en el desarrollo de sus prácticas, con el objetivo de resaltar las historias, costumbres, tradiciones y sentimientos de los pueblos a través de la danza.**

Sebastián Arredondo Posada

Memorias

Vivir en la eternidad

Recuerdo muy bien mi infancia, me sentía un hormiga diminuta en la inmensidad de Medellín y sus historias por contar, me daba miedo salir de la casa y conocer las ilimitadas formas de vivir que esta ciudad ha almacenado desde siempre, no sabía ni tomar un bus y me daba pánico el solo pensar que debía hacerlo; resultaba muy irónico, toda una ciudadina, nacida y criada en la ciudad, y no sabía nada de ella; miraba con incredulidad al cielo buscando el paraíso y lo tenía en cualquiera de mis direcciones, aunque me tomo 20 años notarlo, vi una Medellín con un principio que no tenía fin, una infinidad de almas deseosas en ser notadas mientras la tormenta oscurecía todo, una cantidad de ojos que reflejaban una versión de la historia que todavía no era vista. Me inmiscuí en el deseo de conocer, me atreví a abrazar Medellín, de verla como un pocillo lleno de tinto mañanero, de hacerla parte de esa infancia que tanto miedo le tenía. Recuerdo bien la informalidad de la vida, y la cantidad de paisajes que hacían latir la ciudad, en especial cuando me monté al metro cable por primera vez y vi las invasiones de vallejuelos, con esas casitas que gritaban calor de hogar quise conocer más; fue el mismo sentimiento cuando me baje en San Antonio para hacer transbordo y vi desde la estación una banda que estaba tocando un tema de rock y a todas las personas que por ahí pasaban, las veía como me llegue a sentir de niña, como unas hormigas diminutas que tenían mucho por dar y poco reconocimiento otorgado. Imagínense mi felicidad cuando vi que mi hermano la persona que más me enseñó a moverme en la ciudad era quien manejaba el tren que se dirigía a Niquia.*

*El Programa de Conducción de Vehículos de Transporte Masivo, administrado por la Fundación Universidad de Antioquia ha sido un modelo de impacto social y desarrollo humano. Su objetivo operativo trasciende para convertirse en un facilitador de transformación para miles de estudiantes universitarios y sus familias, mientras contribuye al funcionamiento eficiente del sistema de transporte masivo de Medellín.

Juana Isabel Gómez Quinchía

Memorias

Juanito quiere alcanzar las nubes

Juanito es un niño con un propósito: llegar a las nubes y cabalgar sus hermosas ballenas.

Él veía que otros niños sacaban semillas de sus bolsillos, las plantaban y crecían grandes enredaderas: Unas en espiral, otras más verdes, y así una incontable variedad, pero por más que él buscaba no encontraba una sola semilla para plantar.

Pasa el tiempo y Juanito no se rinde. Un día a su pequeño planeta llega Anita, una chica más grande que Juanito, ve al niño escarbando entre las piedras y lo mira con curiosidad, a lo que Juanito la ve y le explica:

- Busco una semilla que me permita llegar a las nubes, siempre ha sido mi sueño, es algo que siento que debo realizar, solo que aún no encuentro como.

Sonriendo, la niña extiende su mano y Juanito con el mismo acto le recibe en sus manos una pequeña bolsita.

- ¡Es una semilla! – Responde Juanito entusiasmado.

Juanito le da un gran abrazo a Anita y luego planta la semilla, le pone un poco de agua y, cuando siente que el suelo comienza a temblar le dice a Anita:

- Ven conmigo, lleguemos a las nubes.

Ambos se toman de las manos y la enredadera comienza a crecer rápidamente, llegan en una hermosa planta llena de flores una nube esponjosa, donde descubren el mar estrellado con elegantes ballenas surcando las aguas que nunca hubieran imaginado.



Finalmente, Anita solo le dice a Juanito:

- Siempre creí que podrías hacerlo, solo necesitabas un empujón.

Juanito representa a una persona que se encontraba en una situación compleja, mientras que Anita es una persona que le tendió una mano y lo ayudó a lograr su propósito. **"Juanito" logró entrar a la Fundación Universidad de Antioquia.*** "Juanito" y "Anita" siguen juntos.

***Somos una Empresa Social, sin ánimo de lucro, enfocada en el apoyo a la Universidad de Antioquia y en el mejoramiento de la calidad de vida de nuestros colaboradores, por medio de la administración de recursos de proyectos y la gestión de programas que beneficien y transformen a la sociedad.**

Daniela Nicolle Sequeda Correa

Memorias

ROSA

A Rosa la conocí en el parque de La Milagrosa. Nuestro encuentro –que fue ameno por su personalidad– sigue siendo un grato recuerdo de los días en que esperaba el bus, cada día, a las 6 de la mañana; cuando era una estudiante más. **Me acerqué y le pregunté si podía botar, en el recipiente que ella iba arrastrando,*** una bolsa de buñuelos recién comidos. Rosa, con la comicidad que la caracterizó siempre, me respondió «claro dotor, si promete botarla también mañana, pero con bastante parvita adentro».

Dos semanas más tarde, después de muchas bolsas con "parvita" y unos cuantos tintos, Rosa me invitó a almorzar en su casa un domingo. Me sorprendió con el sancocho más sabroso que he probado y cuando le pregunté cuál era el ingrediente secreto, volteó a mirar a sus dos hijos –Marianita y Jean Paul– y sonriendo dijo: amor.

Rosa vivía con ellos en un barrio llamado La Sierra; desde allí salía todos los días a trabajar por el futuro de sus hijos, que, para ella, siempre fue la educación. La mujer me decía «dotorcito, yo quiero el mejor futuro para mis hijitos, y ese es donde esta uste». Y así fue. Hace tres años que Marianita estudia Medicina en la facultad, y su hermano, que por un sentido práctico decidió trabajar cuando cumplió la mayoría de edad, espera con ansias la graduación de la hijita de Rosa, pues ella, con la misma idea sobre el futuro que su mamá, le dijo que cuando trabajara sería turno de él para la universidad.

Han pasado 12 años y sigo yendo al parque de La Milagrosa. Ya no para tomar el bus, sino, para esperar inútilmente con una bolsa vacía en la mano, a ver si Rosa aparece en la esquina; para darle un abrazo.

***El Programa Gestión del Aseo de la Ciudad es administrado por la Fundación Universidad de Antioquia en alianza con Empresas Varias de Medellín - Emvarias. Tiene como objetivo contribuir a la limpieza, el aseo y la gestión integral de los residuos sólidos de la ciudad de Medellín. El programa cuenta con un componente social de alto impacto, que ofrece diferentes oportunidades y beneficios en educación, gestión de vivienda propia y acompañamiento psicosocial, que contribuyen al mejoramiento de la calidad de vida de nuestros colaboradores y sus familias.**

Luis Esteban Montoya Franco

Memorias

Dos escobas y un recogedor

Dos escobas y un recogedor nos dan de comer a mis hijos y a mí.* No siempre fue así. Hubo un tiempo en que no tenía ni para las comidas básicas, sin embargo, no era el mayor de los problemas.

Mis padres, como las aves que lanzan del nido a sus polluelos, me obligaron a crecer rápido, por lo que siempre tuve que valerme sola. Mi hermano, siguiendo el ejemplo de Judas y de Cayo Casio no dudó en traicionarme, así que debí llamar a la calle hogar.

Conocí a mi chinito -así le decía a Asdrúbal, mi novio- en la chatarrería de don Fabio. Al final de cada jornada, después de entregar el reciclaje, me invitaba a un tinto con un par de buñuelos, se gastaba parte de su producido conmigo. Tiempo después me lo reprochó fuertemente antes de golpearme varias veces, no tuve más elección que irme de nuevo a la calle.

Producto de mis arrebatos con mi chinito, tuve dos hijos. Arley y Priscila nacieron desnutridos. Inconscientemente los expuse al ruido, al frío y la suciedad del mundo comercial de Medellín, salía con ambos a vender dulces en el centro de la ciudad, cerca de Parque Berrio, y por esta misma razón, el Leviatán me los arrebató.

Recuperarlos no fue un asunto fácil. Tuve que implorar la piedad de la bestia inclemente, a la que ningún otro poder se atrevía a desafiar. Sin embargo, las condiciones que me ofreció eran lo suficientemente claras como para ver detrás del fino papel. En otras palabras, tuve que cambiar. Desechar todo rasgo del pasado en mi presente. Como el río de Heráclito debí cambiar de rumbo y pactar la felicidad de mis hijos. Desde entonces uso la escoba para defenderlos de los agravios que padece nuestra clase social, los lúmpenes de Medellín.

***El Programa Gestión del Aseo de la Ciudad, administrado por la Fundación Universidad de Antioquia en alianza con Empresas Varias de Medellín – Emvarias, realiza el 80% del servicio de aseo de la Ciudad de Medellín a través del trabajo de aproximadamente 1.600 colaboradores entre Operarios de Barrido, Recolectores, Conductores y Supervisores, aportando al mejoramiento de su calidad de vida y la de sus familias.**

Didier Eduardo Monsalve Jaramillo

Categoría
Narrativa
Audiovisual



1° Puesto

Ojos de la Cucha



Ver video



Cristian Andrey Vargas Rodríguez

2° Puesto

Pasaporte de mis sueños



Ver video



Katherine Marcela Caro López

3° Puesto

La esperanza de salir adelante



Ver video



Angelica María Restrepo Rojas

Mención Especial

Cuando los sueños encuentran su estación



Ver video



Dalys Daisury Doria Manco

Memorias

Arte como alimento



Ver video



Edwin Fernando Gómez Leguizamo

Agracedimiento



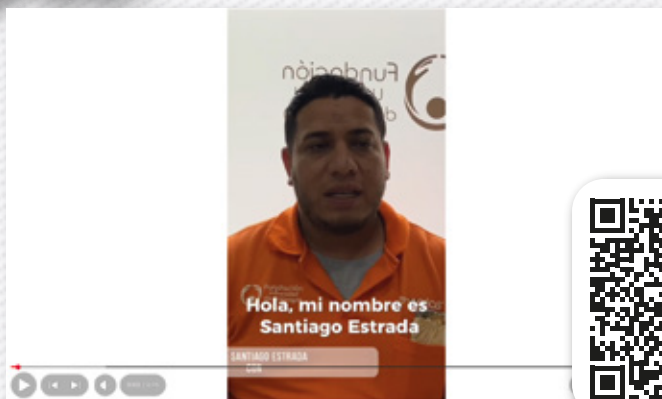
Ver video



Yeison Duvan Lara

Memorias

Cuando la ruta es también apoyo



Ver video



Santiago Estrada Muñoz

Lo que ha transformado mi labor



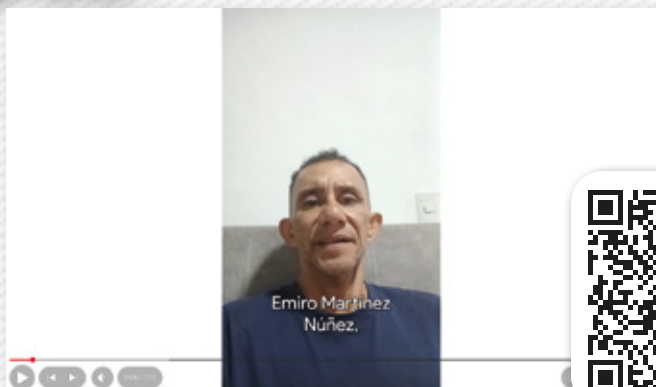
Ver video



Brayan Stiven Londoño Montoya

Memorias

Mis Sueños



Ver video



Oscar Emiro Martinez Nuñez

El peso de un sueño



Ver video



Davin Jose Chavarria Valencia

Memorias

Hogar lejos de casa



Ver video



Jose Augusto Castiblanco Alonso

Categoría
**Narrativa
Gráfica**



1° Puesto

Cartas Coleccionables - Fundación UdeA

Thomas Mejía López



Ver cartas



2° Puesto

Trazos de un viaje transformador

Linda María Cuartas Cadavid



VER DESCRIPCIÓN DE LA OBRA



3° Puesto

Kilómetros de Amor

Iván Esteban Ossa Valderrama



KILÓMETROS DE AMOR

Cada mañana, al ponerme el uniforme, no solo me preparo para conducir un tranvía, me preparo para construir el futuro de mi hija. Desde que su madre no está, quedamos unidos por algo más fuerte que cualquier ausencia.



Antes de salir a trabajar la dejo en manos de mis padres, pero mi corazón se queda con ella. No hay un solo kilómetro de mi vida en el que no piense en su sonrisa.

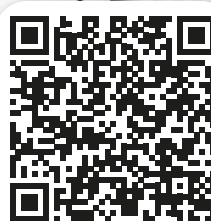


Entre rieles y usuarios, conduzco con amor y compromiso. Porque conducir un tranvía no solo es mi trabajo, es mi forma de construir un futuro para mi hija y para mí. Gracias Fundación Universidad de Antioquia por mi empleo.



"SER PAPÁ ES MI VIAJE MÁS IMPORTANTE... Y ELLA, MI ESTACIÓN Y DESTINO FAVORITO"

VER LA OBRA



Memorias

El Proyecto del Amor

Susana Peláez Sibaja



VER LA OBRA





Fundación
Universidad
de Antioquia

30 Años

GRACIAS

POR SER PARTE DE

ESTA HISTORIA

www.fundacionudea.com

